



Carlos Franz

Buenos días, Budapest

Hace pocos años Michael Jackson estuvo de visita en Bucarest, capital de Rumania. Lo llevaron a ver ese templo del kitsch socialista, la colosal Casa del Pueblo. Después de recorrer kilómetros de pasillos de mármol, el desteñido ídolo se asomó al balcón principal. En lugar de los proletarios que hasta el 89 aclamaron al dictador comunista, Ceausescu, ahora miles de fans aullaban reverenciando al pedófilo capitalista. El zombi agitó su sombrero negro y saludó al pueblo de Bucarest de esta memorable manera: «¡Good morning, Budapest!» (para el zombi, Rumania y Hungría deben ser tan indistinguibles como Chile y Perú; en Santiago habría dicho: «Buenos días, Lima»). Tuvieron que sacarlo en helicóptero.

La anécdota de este desencuentro de un pueblo pos-socialista con uno de los mayores ídolos de la aldea global, me ronda durante esta breve visita a Rumania. Me han invitado a un Congreso de Escritores, en Constantza, a orillas del Mar Negro. Constantza fue el lugar donde hace 2000 años el poeta romano Ovidio -el del Arte de Amar- fue desterrado por haber disgustado al emperador Augusto. Estos eran los confines del Imperio, es decir del mundo; donde empezaba la barbarie (pronto, estos serán los confines de la Unión Europea). Ovidio, que había sido un voluptuoso cortesano, escribió acá sus Tristia (Tristezas), y murió de morbus melancholicus, depresión. ¡Qué lugar para reunir escritores! Viajamos 350 kilómetros por carretera, desde Bucarest, para llegar al sitio del exilio ovidiano. El automóvil avanza con cuidado sorteando las carretelas («carrozas», las llaman en rumano), que abundan en la autopista. Y a todo lo largo de ella, nuevas, brillantes y mayormente vacías, advierto decenas

de gasolineras. Carrozas y gasolineras, toda una ironía histórica. A 13 años de la caída del régimen comunista de Ceausescu, esas carrozas emergen de la Rumania profunda, agraria -la que sobrevivió a su urbanización forzada-, cargadas de hermosos choclos amarillos, y gigantescas sandías, y se lanzan a la autopista donde los distribuidores de diesel del nuevo capitalismo salvaje esperan, de brazos cruzados, que los granjeros se compren una camioneta. Pienso en esto -con cierto morbus melancholicus-, mientras cruzamos el Danubio.

Al sur de Constantza, en las orillas del Mar Negro, los escritores se hallan reunidos en una ex-colonia de vacaciones socialista, en trance de convertirse en «resort» (el resultado es algo así como el club deportivo de una refinería de aceros). El tema es «yo, el otro» (ayúdame, Rimbaud; clarito el tema). Tratándose de escritores -con nuestra proverbial modestia-, era previsible que todos quisieran ser diferentes, o sea «el otro». Hay excepciones: el novelista israelí Amos Oz tiene la valentía de decir que él sí dijo que los palestinos no son los otros. Ismail Kadaré, dice que los albanos son como nosotros (¿como los chilenos o los españoles?). Al final, el Premio Ovidio se lo lleva otro: Antonio Lobo Antunes. Por mi parte, el morbus melancholicus avanza. Siento una fatiga -el madrugón, la autopista llena de carrozas- y creo que estoy en la Feria del Libro de la Estación Mapocho, en Santiago de Chile. Hasta el idioma me suena melancólicamente similar: los escritores chilenos, cuando divagamos, también lo hacemos en una especie de rumano (que es tan parecido al castellano, pero no se entiende nada).

De vuelta en Bucarest -cientos de carrozas y gasolineras más tarde-, me llevan a visitar la «Casa del Pueblo», tal como hicieron con Michael Jackson. El colosal edificio de mármol, donde actualmente funciona el Parlamento, domina Bucarest desde una colina. 330.000 metros cuadrados construidos; es el segundo edificio más grande del mundo, después del Pentágono. Veinte mil obreros trabajaron en tres turnos durante seis años, para erigir este delirio. Ceausescu apenas alcanzó a usarlo; el pueblo se le rebeló durante un discurso, el 89, y lo fusilaron junto con su mujer. La mole pasó de la megalomanía socialista a la codicia capitalista. Ahora se arrienda para desfiles de moda, para filmar películas (los posters de Amen, el filme de Costa Gavras, aun ultrajan los pasillos).

Paseando por los infinitos corredores, pienso en esos obreros de la utopía comunista, trabajando de noche, en medio del invierno (bajo la ventisca que viene de Ucrania), acarreando mármol congelado colina arriba. ¡Y todo para que ahora un zombi estadounidense venga a confundir Bucarest con Budapest!

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

